



Cuadernos Cátedra China - Número 1

El Socialismo de Características Chinas Iniciado por Deng Xiaoping

Autores:

Marcelo Muñoz
Manuel Fernández
Pedro Barragán
Antonio Segura

Revisión:

Ramón M^a Calduch
Marta Montoro

Introducción

Este primer cuaderno de la Fundación Cátedra China tiene como objetivo presentar la realidad que las autoridades y los principales intelectuales chinos denominan "Socialismo de Características Chinas en la Nueva Era". Se busca proporcionar a los integrantes del grupo Cátedra China, así como a todas las personas e instituciones interesadas en profundizar en el conocimiento de la política china contemporánea, un instrumento accesible de información y formación sobre el principal fundamento en el que se basa el gobierno de China. Además, se pretende fomentar un debate sencillo, profundo e inclusivo dentro del marco de nuestro Grupo.

Para el año 2025, se proyecta la elaboración de nuevos cuadernos que abordarán temas de interés general, entre ellos:

- **China frente al Cambio Climático**
- **El Confucianismo junto al Marxismo**
- **China por la Paz**

Esta línea de trabajo ha sido adoptada por el Patronato de la Fundación Cátedra China con el fin de reforzar el cumplimiento de sus objetivos fundacionales. En particular, se busca divulgar la realidad de la China del siglo XXI en España y acercarla a políticos, académicos, instituciones y ciudadanos interesados en este país, cuya realidad aún es poco conocida en el contexto español.

Cada cuaderno será elaborado por un grupo de asociados, quienes figurarán como redactores del tema. No obstante, contará con el respaldo del Patronato, representando así la línea política y de análisis que el Grupo Cátedra China busca expresar, defender y difundir en todas sus actividades.

La República Popular China, fundada en 1949, encarna y sintetiza la milenaria tradición de la civilización china, proyectándose en el siglo XXI con logros y propuestas de gran relevancia para el bienestar de su pueblo y de la humanidad en su conjunto. De hecho, las transformaciones alcanzadas hasta la fecha han sido de una magnitud sin precedentes en la historia.

Socialismo de Características Chinas

Entender la realidad y las transformaciones del Partido Comunista de China es imprescindible para comprender a China y su papel en la historia y en la actualidad del siglo XXI. Se trata de un partido chino que responde a la estructura tradicional del poder en China: el mandarinato en su versión moderna. Esta forma de gobernanza, independientemente de las sensibilidades occidentales, ha demostrado ser la más eficaz para administrar el vasto tejido social chino.

Como señala Mark Leonard: “El Partido Comunista Chino es un partido... en el que se consolida progresivamente la meritocracia, el principio de legalidad y el estado de derecho... que pueden también propiciar la estabilidad” (Leonard, 2008).

Deng Xiaoping, para expresar el contenido de la Reforma que propugnaba desde 1956, acuñó el término “socialismo de características chinas”. Esta concepción ha servido como hoja de ruta política para todo el proceso de reformas, que aún continúa, dando contenido y sentido al socialismo chino.

En muchos aspectos, este modelo representa un plan para la China contemporánea, un programa a largo plazo en consonancia con la mentalidad confuciana, que concibe la política desde una perspectiva de futuro. En Occidente, el socialismo chino no es ampliamente reconocido como un modelo económico específico ni homologable con la economía de mercado occidental. Sin embargo, la mayoría de los economistas chinos y los dirigentes del Partido Comunista de China sí lo consideran un modelo económico y político propio, con una argumentación pragmática. Como expresó Deng Xiaoping en 1961, en una reunión del Comité Central del Partido Comunista Chino: “Será un modelo económico aquel que consiga resultados que mejoren la realidad económica para el beneficio del pueblo; aunque no sea un modelo perfecto, debe ser un modelo eficiente, es decir, que sirva, efectivamente, para mejorar las condiciones de vida del pueblo chino” (Deng, 1961).

Este modelo tiene como objetivo el Estado de bienestar, lo que ellos han denominado una “sociedad modestamente acomodada”, en la medida en que garantice los derechos sociales, promueva una progresiva igualdad y equidad, y libere gradualmente la economía, manteniendo un Estado fuerte con capacidad legislativa y reguladora del mercado a través de organismos adecuados.

Esta política económica, con no pocas vicisitudes, se ha reafirmado en cada Congreso del Partido y en la Asamblea Nacional como una nueva etapa hacia una sociedad de prosperidad media para 2035, con un peso global consolidado para 2050.

Se trata, por tanto, de un modelo dinámico, abierto y adaptable a las diversas etapas históricas. A lo largo del tiempo, el socialismo chino ha pasado por diferentes fases y enfoques, desde Deng Xiaoping hasta Jiang Zemin y Hu Jintao, hasta llegar a Xi Jinping, quien, en su mandato, ha introducido nuevos matices y discursos adecuados a la primera mitad del siglo XXI. En esta época, China ya se ha consolidado como una potencia emergente con una fuerte vinculación con el Sur Global, orientada hacia la construcción de un mundo compartido.

Diferentes acepciones del socialismo en la historia moderna

Desde la aparición del socialismo utópico en el siglo XIX y, posteriormente, con la publicación del *Manifiesto Comunista* de Marx, han surgido numerosas organizaciones, partidos y gobiernos que se autodenominan socialistas. Todas estas corrientes comparten, en teoría, el objetivo de frenar los excesos del capitalismo salvaje. En este contexto, se fundaron la Primera, Segunda y Tercera Internacional Socialista, esta última conocida como la Internacional Comunista. No obstante, no es nuestro objetivo entrar en la polémica histórica —aún vigente— sobre los diversos tipos de socialismo, sino subrayar que el socialismo con características chinas se diferencia notablemente de todos ellos, tanto en su fundamentación teórica como en su aplicación práctica y en los resultados obtenidos.

Este modelo de socialismo también tiene detractores, incluso dentro del Partido Comunista de China (PCCh) y entre economistas independientes partidarios del neoliberalismo puro. Un ejemplo es Zhang Weiyang, autor de *Theory and China Enterprise Reform* (1999) y representante de la nueva derecha china, quien aboga por el desmantelamiento del sector público y por conceder al Estado un poder económico residual.

A pesar de estas divergencias, el socialismo con características chinas constituye la política mayoritaria del Gobierno y del Partido Comunista de China, el cual mantiene esta denominación por razones históricas y porque su ideología se fundamenta en el

marxismo, combinado con la filosofía ética y política del confucianismo, como explicaremos a lo largo de este estudio.

El socialismo chino funciona como la hoja de ruta del Partido Comunista de China y sus gobiernos. El comunismo, en su concepción clásica, es un sistema político y económico con características definidas, concebido como una etapa final del desarrollo histórico en la que se supera el capitalismo y se eliminan las clases sociales, la explotación y las desigualdades económicas, mediante la propiedad estatal o pública de todos los medios de producción. Sin embargo, en China no se persigue este objetivo a través del socialismo con características chinas, pues el país se encuentra en una fase anterior, que será, sin duda, prolongada y cuyo propósito es contener los desmanes del capitalismo salvaje, hoy transformado en neoliberalismo económico y financiero.

Desde Occidente, no obstante, se sigue considerando a China un país comunista, ya sea por inercia, por desconocimiento o por conveniencia general. Esta confusión dificulta la comprensión de la realidad china y de su papel en el mundo globalizado del siglo XXI.

China no es un país de régimen comunista.

No lo es ni en lo político ni en lo económico, según las características apuntadas más arriba, aunque está dirigido y gobernado por el Partido Comunista Chino (PCCh), que ostenta el poder político, compartido con otros ocho partidos. Este perfil no coincide con el de otros partidos socialistas históricos ni con los hoy existentes.

De hecho, el Partido Comunista Chino es la élite política que gobierna China ininterrumpidamente desde que Mao Zedong tomó el poder el 1 de octubre de 1949, con la famosa expresión: “El pueblo chino se ha puesto en pie” (Mao, 1949), levantándose de humillaciones, invasiones y colonización, además de una encarnizada y larga guerra civil que se prolongó, en varias fases, de 1937 a 1949 (Spence, 1999). Es el partido que estableció un régimen y un Estado con un contenido profundamente nacionalista y objetivos socialistas, con el fin de reconstruir el país con un gran consenso, inicialmente, entre los dirigentes que habían hecho la revolución, después de un siglo de destrucción y hundimiento (Meisner, 1999).

Mao pretendió dar un salto más hacia una sociedad comunista.

Lo intentó tras los primeros años de reconstrucción nacional, utilizando su autoridad y su prestigio, apoyado por parte del Partido y del Ejército. Con lo que llamó “El Gran Salto

Adelante” (1958-1962), pretendió la industrialización acelerada, la organización de las comunas con la colectivización de la producción agrícola y otras medidas de aceleración del proceso, como el igualitarismo para eliminar las clases sociales, la propiedad estatal de los medios de producción y la eliminación de toda propiedad privada, para establecer una sociedad igualitaria (Perry, 2012). Un enfoque radical apoyado en la movilización directa del pueblo, como contrapunto a la planificación centralizada y tecnocrática de la URSS (Dikötter, 2010).

Surgió así un conflicto ideológico y político que se tradujo en rivalidad política. Mao había conseguido la reunificación política del país y su reconstrucción con éxito en una primera etapa del socialismo chino, pero fracasó al intentar acelerar el proceso de avance de las medidas socialistas que garantizaran el progreso y la prosperidad material (Hsu, 2000). Fue el intento de Mao, que llamó El Gran Salto Adelante, cuyas consecuencias fueron desastrosas. El informe de Peng Dehuai, Ministro de Defensa, tras un recorrido por provincias en 1962, es esclarecedor:

“Las comunas agrícolas han provocado la disminución de las cosechas, aumentando el descontento por el traslado forzoso y masivo de campesinos... La política anterior de cooperativas era acertada... La industrialización acelerada ha sido un fracaso: el 40% del acero producido es inservible” (Peng, 1962).

Y Liu Shaoqi, como presidente, el mismo año, dijo en su informe oficial:

“Se ha producido un ‘Gran Salto Atrás’ y, como consecuencia, se ha extendido la hambruna en muchas provincias” (Liu, 1962).

Muchos dirigentes no estuvieron de acuerdo con el proyecto de Mao en ese momento histórico.

Fue una oposición fuerte porque la construcción del socialismo es un proceso largo y necesita de un programa económico sólido, desarrollado en muchas etapas. Este desacuerdo profundo quedó solapado en los primeros años por la urgencia de la reconstrucción del país y por la “autoridad moral” de Mao. Sin embargo, a partir de 1956, Mao intentó lanzar el programa para la aceleración efectiva del socialismo, con lo que él denominó el Gran Salto Adelante: para él, y para no pocos de sus seguidores, eran pasos previos necesarios para la implantación inmediata del comunismo. (Liu, 1962).

Otros muchos dirigentes se opusieron frontalmente a este programa de Mao, entre ellos figuras clave como Liu Shaoqi, nombrado poco después presidente de la República Popular en sustitución del propio Mao; el mariscal Peng Dehuai, ministro de Defensa y comandante en jefe del Ejército; Zhou Enlai, primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores; Deng Xiaoping, secretario general del Partido; y miles de dirigentes intermedios, así como jefes militares. Estos dirigentes explicaron su posición por todo el país recabando apoyos, incluso por encima del prestigio casi incuestionable de Mao (Zhao, 2010). Era una facción disidente muy amplia, como si fuera otro partido, con una correlación de fuerzas que cambió de manera dinámica dentro del Partido Comunista Chino (PCCh).

Se inició así el enfrentamiento político, que duraría más de 20 años, con dos programas políticos contrapuestos: el maoísta, de inspiración comunista clásica, que lideraba Mao y sus seguidores, y el de la Reforma, que sería conocido como el “socialismo con características chinas” y que sería liderado por Deng Xiaoping. Cada facción contaba con sectores importantes dentro del Partido, el Gobierno y el Ejército. La pugna era por ver quién representaba mejor el pensamiento de Mao Zedong, el ideario oficial del Partido, y quién controlaba realmente el poder dentro del Partido

La batalla interna en el Partido

Estamos hablando de una batalla política que se tornó más dramática debido al desastre de las medidas económicas que Mao intentó imponer a través del Gran Salto Adelante, lo que impulsó a los reformistas a convocar una asamblea bajo la autoridad de Liu Shaoqi, como presidente, y con el “conocimiento” de Mao. En esta asamblea participaron altos dirigentes de todo el país, aproximadamente siete mil según la crónica oficial (Gao, 2008). El objetivo de la reunión fue debatir si se debía acelerar el proceso hacia el comunismo o aplicar un proceso de reformas gradual y ordenado, conforme a ciertas leyes económicas.

El 20 de enero de 1962, el presidente Liu se dirigió a esta asamblea de dirigentes en el Palacio del Pueblo de Beijing con un discurso crítico hacia el Gran Salto Adelante y las Comunas, defendiendo reformas graduales y la renuncia a la aceleración del proceso hacia la implantación del comunismo. Liu criticó la falta de análisis y planificación adecuada en la implementación de las comunas y las políticas agrícolas e industriales. Señaló que las metas utópicas y el apresuramiento conducían a resultados desastrosos, en

contradicción con la idea marxista de que el socialismo debe construirse gradualmente, a partir de una base material sólida (Liu, 1962).

Mao escuchó furioso, mientras Liu era ovacionado por la mayoría de los asistentes, quienes, a continuación, hicieron llegar el texto de su discurso a todos los rincones del país y del Partido: un primer triunfo de los reformistas y la primera derrota aparente del maoísmo (Zhao, 2010).

Mao no perdonó esta maniobra y esperó cuatro años para preparar el contraataque. En 1966, apoyado por sectores del Partido y del Ejército, enemigos acérrimos de la Reforma, inició la llamada Revolución Cultural Proletaria, que constituyó un auténtico golpe de Estado, al margen de las instituciones del Partido y del Estado, con el fin de acelerar el proceso hacia el comunismo. Esta mal llamada “revolución” se apoyó en la movilización de millones de jóvenes, liderados por Mao y sus seguidores más fieles, con su esposa, Jiang Qing, a la cabeza, junto con la llamada Banda de los Cuatro (Dikötter, 2010).

Durante la Revolución Cultural predominó la represión, con millones de víctimas. Dirigentes reformistas destacados, miles de cuadros y decenas de miles de militantes del Partido fueron desterrados a trabajar en el campo, en ocasiones en zonas inhóspitas y muy pobres; muchos fallecieron en el destierro, en la cárcel o como consecuencia de las torturas. Se cerraron universidades y centros de estudio, y la Reforma quedó, durante la Gran Revolución Cultural, oficialmente eliminada (Yang, 2011).

Entre los muchos supervivientes de esta batalla dramática, destacó Deng Xiaoping, quien, a partir de 1972, tras años de destierro silencioso, reanudó una gran actividad política semiclandestina, viajando por toda China y restableciendo contacto con miles de dirigentes, incluso siendo aclamado en actos públicos (Vogel, 2011).

La República Popular afianza la Reforma

La batalla política entre las dos facciones continuó. En 1973, Deng fue nombrado viceprimer ministro por influencia del primer ministro Zhou Enlai, gran defensor de la Reforma, con el apoyo del mariscal Ye, jefe del Alto Estado Mayor. En calidad de tal, Deng asistió a la Asamblea General de Naciones Unidas en representación de China, sorprendiendo al mundo con la teoría de los Tres Mundos, universalmente aceptada desde

entonces. Además, reemplazó a numerosos dirigentes maoístas en puestos clave (Deng, 1973).

En 1975, Deng expuso en el Congreso del Partido su objetivo: «Llevaré a China a la cúspide de la economía mundial para el año 2000» (Vogel, 2011).

Este objetivo marcó un giro decisivo en las políticas de reforma económica y la apertura de China al capitalismo de mercado.

Desde nuestros parámetros políticos, no se puede comprender esta batalla ideológica tan intensa ni la coexistencia de dirigentes y opositores dentro del mismo Partido y Gobierno. Es una de las características sorprendentes del Partido Comunista Chino: la coexistencia de diversas, incluso contrarias, posiciones políticas, que a veces se saldan con represión o rehabilitaciones, en medio de un debate político intenso y tenso, aunque en ocasiones enriquecedor. Durante casi diez años, reformistas y maoístas convivieron en puestos de poder o en la represión, sin que quedara claro quién tenía el control absoluto para desarrollar el socialismo chino. Esta dinámica está influida por la tradición china, en particular por el taoísmo, con su concepto del Yin y el Yang: en todo lo bueno hay algo malo y en todo lo malo algo bueno. A ello se suma la idea dialéctica de integrar lo sumable en una unidad, permitiendo que personas que inicialmente no estén de acuerdo con una política mayoritaria puedan acercarse a ella cambiando de opinión (Zhao, 2010).

A la muerte de Zhou Enlai, en enero de 1976, el Gobierno le negó funerales de Estado.

Sin embargo, más de un millón de personas se reunieron en los alrededores de la plaza de Tiananmen durante una noche gélida de invierno hasta conseguir que se le tributaran honores (Gao, 2008).

Deng, en un pulso claro con los maoístas y con Mao todavía vivo, convirtió su discurso en los funerales de Zhou, ante la cúpula del Partido y del Estado, en una defensa de la Reforma. Inmediatamente fue destituido, y los maoístas intentaron detenerle, pero no pudieron: el mariscal Ye puso a su disposición un avión militar para trasladarse a Cantón y refugiarse en su residencia (Dikötter, 2010).

Un mes después, con motivo de la fiesta de los antepasados, cerca de dos millones de personas se concentraron en Tiananmen en homenaje a Zhou Enlai y en apoyo a la

Reforma. Deng, desde su "refugio" en Cantón, preparó su regreso y la caída definitiva de la Banda de los Cuatro y del maoísmo, con el apoyo de millones de partidarios.

El fin de la Revolución Cultural y la instauración de la Reforma en China

El 20 de octubre de 1976, tras el reciente fallecimiento de Mao, el Mariscal Ye dirigió la detención de los principales dirigentes de la Revolución Cultural, incluida la viuda de Mao, y neutralizó varios intentos, incluso militares, de los maoístas por mantener su poder (Vogel, 2011).

La detención provocó un gigantesco desfile en Beijing con la participación de cientos de miles de personas, incluidos numerosos cuadros del Partido que habían regresado del destierro. Todos confluyeron en Tiananmen al grito de: ¡Shengli! ¡Shengli!, ¡Victoria! ¡Victoria! Cuatro días después, se organizó otro gran desfile para celebrar el fin de la Revolución Cultural, con la aprobación del Politburó del Comité Central del PCCh.

Para vencer la aún fuerte resistencia de los maoístas, fue necesaria otra gran manifestación, el 17 de abril de 1977, con más de un millón de personas exigiendo el retorno de Deng Xiaoping. Posteriormente, el 20 de julio, se llevó a cabo una manifestación aún más masiva para celebrar su regreso junto con el de otros miles de dirigentes (Zhao, 2010).

La batalla entre reformistas y maoístas se resolvió con la vuelta definitiva de Deng. No obstante, quedaba pendiente el desmantelamiento de las estructuras del maoísmo, una batalla política cuyos últimos coletazos se manifestarían 23 años después, en 1989, en Tiananmen (Vogel, 2011).

Como expresó Deng: “Harán falta veinte años para eliminar su influencia... pues han saboteado la ciencia y, como consecuencia, llevamos... años de retraso... Han convertido a una generación entera en minusválidos intelectuales” (Deng, 1977).

En 1981, un comunicado del Comité Central declaró: «Mao cometió errores de enorme magnitud y duración». Sin embargo, añadió: “Pero se equivocó en un 30% y acertó en un 70%. No podemos acabar con su figura, pues además de ser el fundador y unificador de la China actual, acabar con él sería acabar con el PCCh, y acabar con el PCCh sería acabar con la China que hoy conocemos” (Gao, 2008).

La Reforma se estaba imponiendo no solo a través de estas declaraciones oficiales, sino también por la reincorporación de miles de dirigentes del Partido que habían regresado del exilio. Estos líderes, con experiencia y preparación política, habían defendido la Reforma y el Socialismo de Características Chinas, y se incorporaban al Gobierno. Deng y su proyecto contaban con un sólido respaldo de cuadros políticos bien preparados y curtidos. Esto explica por qué el socialismo de características chinas, con la Reforma, pudo ponerse en marcha con relativa rapidez, superando el último enfrentamiento en los sucesos de Tiananmen de 1989 (Vogel, 2011).

Los Sucesos de Tiananmen: Un Análisis Político y Económico

En resumen, los sucesos de Tiananmen fueron promovidos y organizados por los partidarios de la reforma dentro del Partido Comunista de China en oposición a la política anti-reforma del Primer Ministro, Li Peng, y a la corrupción extendida en el país. Tanto dirigentes comunistas como empresariales encabezaron las manifestaciones, en las cuales se entonaban himnos como el del Partido Comunista y "La Internacional". Este conflicto representó un último y dramático enfrentamiento entre facciones del partido, llegando a estar cerca de una guerra civil (Yang, 2011).

El Papel de Deng Xiaoping

Deng Xiaoping logró evitar un enfrentamiento militar entre las facciones en disputa. Aunque su papel fue discutido en su momento, posteriormente se consolidó como el artífice del milagro económico chino y del ascenso del país en las últimas décadas. Fue el impulsor del "Socialismo de Características Chinas", un modelo político y económico con relevancia global.

Deng y su equipo, convencidos de la inviabilidad del "Gran Salto Adelante" de Mao Zedong, promovieron una reforma profunda del socialismo chino. Sin embargo, la transición hacia una economía de mercado con "características chinas" fue un proceso largo y complejo, enfrentando numerosas resistencias y conflictos políticos (Dikötter, 2010).

Numerosas publicaciones occidentales han considerado a Deng una de las figuras políticas más relevantes del siglo XX. Su modelo político y económico, sin precedentes, transformó a China, influyó en la caída de la URSS y en la evolución de otros partidos

comunistas, además de favorecer la emancipación y el desarrollo del "Tercer Mundo", hoy conocido como el Sur Global (Vogel, 2011).

El objetivo de Deng fue la reconstrucción económica de China mediante la reforma de sus estructuras y la apertura al exterior. La "política de reforma y de puertas abiertas" culminó en la consolidación del "Socialismo de Características Chinas" (Zhao, 2010).

¿Es el Partido Comunista de China más chino que comunista?

El Partido Comunista de China (PCCh) se fusionó con las tradiciones y la cultura milenaria del país, incluyendo el confucianismo. Aunque el marxismo fue un componente clave, la organización del partido se basó en una estructura meritocrática, similar a la de los antiguos mandarines. Como señala Lucian Pye, "los chinos no abandonaron la esencia de su legado confuciano al adoptar el comunismo" (Pye, 1995).

La legitimidad del PCCh, a pesar de errores y casos de corrupción, se fundamenta en su papel en la reunificación del país tras más de un siglo de crisis y en su transformación en una potencia mundial. La *Cambridge History of China* describe al PCCh como una "dinastía unificadora" con un liderazgo centralizado, una burocracia eficiente y una ideología definida. Esta estructura ha permitido una transformación económica sin precedentes, con mejoras sustanciales en las condiciones de vida de la población en un tiempo récord (Fairbank, 1986).

Desde una perspectiva occidental, el PCCh sigue siendo visto como un partido comunista con un poder monolítico y dogmático. Sin embargo, la evolución del "Socialismo de Características Chinas" y su impacto en la globalización continúan siendo aspectos poco comprendidos. La madurez del partido en el siglo XXI contrasta con su estructura inicial en 1949, consolidándose como un actor clave en la política global (Zhao, 2010).

Marxismo y Confucianismo

El Partido Comunista de China se fusionó con buena parte de sus tradiciones y su milenaria cultura, en particular con el Confucianismo.

Esta afirmación, mencionada previamente, constituye una base fundamental del éxito del socialismo con características chinas. La filosofía confuciana sustentó la política del Imperio del Centro y se desarrolló a lo largo de 2.500 años. Todos los mandarines, es

decir, los políticos y administradores del Imperio en nombre del Emperador, debían superar exigentes exámenes que abarcaban diversas ciencias y la filosofía de Confucio. No se trataba de nobles por título, sino de letrados cultos.

El socialismo chino y el Partido Comunista de China han adoptado esta filosofía — además del marxismo— como propia, dado que constituye un sistema ético y político, no metafísico. Se trata del núcleo central de la cultura china, de su modo de vida, de sus tradiciones y de la forma de pensar de la sociedad china, una realidad vigente desde hace dos mil quinientos años. Dicho de otro modo, no es que el Partido Comunista de China simplemente "asuma" la filosofía confuciana; más bien, al ser un partido chino, todos sus miembros fundamentan su comportamiento en esta filosofía, aplicándola en la familia, la sociedad y el Estado.

En consecuencia, la meritocracia es el método de selección de sus dirigentes, al igual que lo fue en el Imperio. En la actualidad, esta selección se realiza mediante un sistema de elecciones a diversos niveles, ya sea de forma directa o por cooptación, y con una alta exigencia en cuanto a formación, así como un estricto rigor en la destitución de los ineficientes, negligentes o corruptos.

Además, la crítica y la autocrítica constituyen un principio constante. En la primera etapa tras la toma del poder, el Partido creó una Oficina para canalizar las quejas, reclamaciones y sugerencias de la ciudadanía. En la era digital, estas opiniones se recogen incluso a través de redes sociales para conocer la percepción colectiva (Lucian Pye, 1995).

El socialismo con características chinas

El socialismo con características chinas es un sistema que ha permitido a China alcanzar un rápido desarrollo económico, consolidando un camino único hacia el socialismo, adaptado a las necesidades y particularidades del país, combinando elementos tradicionales, socialistas y de mercado en una estrategia pragmática y de largo plazo.

No se puede equiparar el socialismo de mercado chino con el capitalismo simplemente por su aceptación de la dinámica del mercado. China ha desarrollado un modelo singular que combina las características del socialismo con el desarrollo del mercado, tanto en el ámbito de los bienes de consumo como en el de los medios de producción. El Partido Comunista de China (PCCh) define este sistema como un Estado socialista con

peculiaridades chinas. Dicho modelo se basa en una economía de mercado que el Estado regula mediante una estructura política que integra estrategias de mercado con principios socialistas (Naughton, 2007).

“Por primera vez desde el fin de la Guerra Fría, Europa y Estados Unidos se enfrentan a un reto formidable: ¡el modelo chino!” (Mark Leonard, director del Consejo Europeo de Relaciones Exteriores, en *¿Qué piensa China?*, 2008).

Este modelo es el resultado de un proceso de industrialización que China ha llevado a cabo en 40 años, en contraste con los 300 años que necesitó Europa. Se trata del proceso de liberalización y privatización económica más amplio y ambicioso que el mundo ha presenciado (Krugman, 2008).

China no podía aspirar a convertirse en una potencia económica del siglo XXI sin dismantlar las estructuras maoístas. Esta necesidad fue clara para los líderes de la Reforma, entre ellos Zhou Enlai, primer ministro durante el mandato de Mao, quien ya en 1966 expresó esta visión en la revista oficial del Partido en 1975 (Zhou, 1975).

La Reforma impulsada por Deng Xiaoping y su equipo concretó este objetivo: dismantlar el sistema de comunas en el campo, transformar la estructura económica, financiera y empresarial de la industria y los servicios, y descentralizar la economía estatal (Vogel, 2011).

Estos objetivos, de gran complejidad dentro de una estructura maoísta, sólo podían alcanzarse a medio plazo y de manera gradual en las décadas siguientes, gracias al nuevo sistema socialista.

El proceso puede sintetizarse, de manera simplificada, en las siguientes cifras: en 1978, la industria y los servicios eran de titularidad estatal o pública en un 100 %, con una centralización absoluta. Para 2023, el 71 % del PIB —más de cuatro veces el de Francia— provenía de empresas privadas, incluidas ochocientas mil con capital extranjero (Li, 2022).

La Reforma debía reducir drásticamente el predominio de la propiedad pública y otorgar al sector privado un papel protagonista en la economía. Como hemos señalado, Deng denominó este modelo “economía socialista de mercado” (Deng, 1992). Se trataba de un

proceso necesariamente largo, con avances graduales, dificultades y resistencias. Algunos de los desafíos que enfrentó incluyen:

- La privatización de empresas, acelerada entre 1990 y 2001, provocó la pérdida de 53 millones de empleos, con escasas prestaciones por desempleo, lo que generó una crisis social agravada por la migración masiva del campo a la ciudad. Más de diez millones de personas emigraron anualmente, sumando aproximadamente 400 millones entre 1980 y 2000 (Chan, 2001). Sin embargo, este desempleo fue absorbido en pocos años.
- En el proceso de privatización, algunas ofertas públicas de acciones generaron las mayores operaciones bursátiles de la historia. Por ejemplo, el Banco Agrícola de China atrajo en julio de 2010 una inversión privada de 22.000 millones de dólares y 320 millones de clientes (Wang, 2010). La capitalización bursátil de las empresas chinas se situó entre las más altas del mundo, y muchas de estas compañías se transformaron en multinacionales globales, sin que ello supusiera una contradicción con el socialismo chino.

Este proceso, que continúa en la actualidad, ha experimentado diversos avances y retrocesos, con distintos enfoques en cada presidencia. En las siguientes secciones, analizaremos las peculiaridades que ha aportado al socialismo chino la administración del presidente Xi Jinping en el siglo XXI.

El éxito de este modelo se mide por los hechos.

Añadamos algunos datos más, sin poder ser exhaustivos:

- A partir de 1990 se aprobaron miles de leyes relacionadas con el derecho mercantil, la propiedad privada y la economía de mercado; incluso se reformó la Constitución (Clarke, 2013).
- La clase media pasó de un millón de personas en 1990 a cerca de 500 millones en 2023 (con un poder adquisitivo superior a la media española) (Chen & Ravallion, 2008).
- China creció, de 1978 a 2007, a una media del 9,9 % anual; de 2007 a 2016, al 7,2 %; y desde 2023, a un 5 %, mientras que las economías occidentales crecieron un 2,8 % y un 0,9 %, respectivamente. Este crecimiento equivale a algo más del 30 % del crecimiento mundial anual en todos esos años (World Bank, 2023).

- La renta per cápita pasó de 200 dólares en 1978 a 12.680 en 2023, según el Banco Mundial. Pero no olvidemos que un dólar nominal equivale en China a 1,969 en poder adquisitivo, lo que significa que la renta per cápita en China, en poder adquisitivo real, es, en 2023, de 24.966 USD (OECD, 2023).

Si el éxito del socialismo de características chinas se mide por sus resultados en beneficio de la mayoría de la sociedad, ahí tenemos algunos datos claros de su éxito, según el FMI, entre otros muchos que iremos citando. Esto incluye, además, que se ha eliminado la bolsa de pobreza extrema; que han salido de la pobreza, según la ONU, 800 millones de personas; y que la franja de la clase media se ha ampliado (UNDP, 2020).

El socialismo chino y el estado de bienestar

Se da por aceptado que la socialdemocracia europea, junto con la democracia cristiana, construyó el estado de bienestar en Europa como baluarte frente a la fuerza de la izquierda y la presión social proveniente de la amenaza soviética. Ese proceso se revirtió desde la revolución conservadora de Reagan, Thatcher y Juan Pablo II y se intenta dismantelar por completo. Todo lo contrario, el socialismo chino ha venido construyendo en estos últimos decenios un estado de bienestar sólido y en progreso permanente: la alfabetización es plena, la enseñanza media alcanza al 94 %, la universitaria al 57 % en su franja de edad; cuenta con 3.200 universidades y más graduados en ingenierías y ciencias que el resto del mundo (Yuan, 2020).

La cobertura sanitaria básica llega a más del 95 %, con casi un millón de hospitales y clínicas y 5,1 camas hospitalarias por cada 1.000 habitantes (WHO, 2021). El 80 % de las familias es propietaria de su vivienda (Xie & Li, 2022).

Un resumen muy incompleto, pero que muestra una auténtica convulsión social y económica, y no solo para la sociedad china, sino para el mundo. Es indescriptible la impresión de cambio en todos los terrenos que este socialismo ha producido en China: recorriendo el país de una punta a otra, desde las grandes ciudades hasta aldeas minúsculas... China se ha ido transformando sucesivamente casi cada decenio, como si fuera un nuevo país.

La coincidencia de la reforma con el proceso de globalización y de crecimiento del comercio exterior ha beneficiado a China con más de 900.000 millones de euros de

inversión extranjera, una gran transferencia de tecnología y gestión, y la ha convertido en la mayor reserva mundial de divisas, con casi tres billones de euros, una tasa de ahorro de hasta el 45 % del PIB según los años y una deuda soberana relativamente baja (84,38 % del PIB) (IMF, 2022).

Líder en tecnologías avanzadas

En inteligencia artificial, China ocupa el segundo lugar tras Estados Unidos, pero invierte el doble en su desarrollo. Es líder en informática cuántica; en tecnología espacial está ultimando su estación espacial, realmente internacional, con récord en paseos espaciales de astronautas y con el robot que llegó a la cara oculta de la Luna y trajo muestras aún en estudio. En robótica es el número uno en producción y exportación, con 120 robots que construyen 1,2 km diarios de vías férreas. Es líder en todas las energías alternativas e invierte en medidas para frenar el cambio climático el doble que EE. UU. y la UE juntos. Está frenando los desiertos con murallas verdes de miles de kilómetros; fabrica el 80 % de los coches eléctricos del mundo y pronto liderará el mercado de los vehículos autónomos. En 2030, llegará a los 60.000 km de AVE... y la enumeración de otros avances es interminable.

Este ha sido parte del triunfo de la Reforma y de su socialismo propio, que ha fortalecido a China en una posición sólida en el arranque del siglo XXI.

La planificación, clave de la mejoría económica

En febrero de 1980, recién asumido el poder, Deng Xiaoping anunció: “China tiene que multiplicar su producción por cuatro en los próximos 20 años...”. Este objetivo se cumplió con cuatro años de antelación, en 1996 (Vogel, 2011).

En el año 2000, el presidente Jiang Zemin propuso el objetivo de multiplicar por cuatro nuevamente el PIB para 2020. Esta meta se alcanzó en 2009 y el crecimiento ha continuado hasta la actualidad.

En octubre de 2017, Xi Jinping declaró en el Congreso del PCCh: “Esperamos que la meta de duplicar el PIB de 2010 a 2020 se reitere”. Esto implicaba mantener un ritmo de crecimiento anual del 6,5 %, objetivo que, a pesar de pandemias y crisis mundiales, casi se ha logrado en promedio durante esa década (Xie, 2020).

Estos macro objetivos se han implementado mediante los Planes Quinquenales del socialismo chino, enmarcados en la nueva estructura económica socialista (Lin, 2012).

La expresión, frecuentemente repetida por los políticos chinos, **“nuestro objetivo no son las próximas elecciones, sino las próximas generaciones”**, es un principio coherente con el confucianismo y respaldado por la historia de China. Ejemplos significativos incluyen el Gran Canal, la Gran Muralla, los sistemas hidráulicos de almacenamiento y canalización del agua, las grandes reservas de grano en épocas de hambrunas periódicas y muchas otras grandes obras, algunas de las cuales requirieron siglos para su ejecución.

Actualmente, este principio sigue vigente en el socialismo chino como clave del buen gobierno, con numerosos proyectos de gran envergadura que trascienden cualquier legislatura. Entre ellos destacan los gigantescos trasvases de agua del Sur al Norte, que concluirán en 2050; el proyecto “Made in China 2025”, destinado a posicionar a China como referencia mundial en tecnologías de vanguardia a mediados del siglo XXI; y la Nueva Ruta de la Seda, un macroproyecto de conectividad global en comunicaciones, tecnología y cultura entre los cinco continentes, cuya primera fase finalizará en 2049.

Otras claves de la construcción del socialismo chino

La doble transformación de China, de una economía centralizada a una economía de mercado socialista y del subdesarrollo a una sociedad acomodada, no es fruto del azar, de la genialidad de un líder ni de la improvisación.

Transformar, tras el siglo de humillación, invasiones y guerra civil, un Estado tan vasto como el chino y construir un sistema socialista sin un modelo previo a seguir, en un período tan corto y generando al mismo tiempo la mayor transformación económica de un país de semejante tamaño, requirió una planificación meticulosa basada en dos elementos clave: un aparato intelectual y una política bien definida.

El aparato intelectual: en China existen numerosos centros de pensamiento o "think tanks" a nivel central, provincial y local. Según el Índice Global de Think Tanks de 2023, el país cuenta con 507 de estas instituciones, con una plantilla total de más de cien mil investigadores en áreas como ciencias sociales, economía, politología, tecnología y ciencias aplicadas. Estos expertos analizan y debaten sobre los problemas cambiantes de una sociedad en constante evolución dentro de un mundo dinámico. Como señala Mark

Leonard en su libro *Qué piensa China* (2008), los políticos chinos suelen tomar en cuenta sus recomendaciones y aplicarlas en la práctica política.

Según Kissinger (2011), los políticos chinos son los mejor preparados que ha encontrado en el mundo. En su mayoría, provienen de las mejores universidades, son seleccionados a través de un sistema meritocrático y están integrados en una planificación política de medio y largo plazo. En Occidente, muchos sostienen que la modernización económica no es posible sin democracia liberal, pero el éxito del modelo chino parece cuestionar la validez universal de este principio.

Entre los diversos "think tanks", destacan dos instituciones fundamentales:

- La Escuela Central del Partido, donde se forman y reciclan periódicamente los principales dirigentes, con sedes en todas las provincias.
- La Academia de Ciencias Sociales de China, que cuenta con once sedes, cien institutos, dos universidades, cuatro centros de documentación e información, tres centros de tecnología y dos unidades editoriales. Además, ha impulsado la creación de 430 empresas basadas en ciencia y tecnología, de las cuales once cotizan en bolsa.

El modelo económico chino: originalidad y singularidad

Desde la época de Deng Xiaoping, China ha proclamado que el mercado no es exclusivo del capitalismo, sino parte del acervo de la cultura universal y, por lo tanto, compatible con el socialismo chino. La política económica diaria y los ajustes en el modelo económico han propiciado un debate continuo y amplio, con posiciones diversas sobre la naturaleza del modelo chino.

El economista Xue Muqiao (*China's Socialist Economy*, 1993) formuló este modelo como un sistema en el que la propiedad pública coexiste con diversas formas de propiedad, mayoritariamente privada, otorgando un papel central al mercado. Al mismo tiempo, el Estado mantiene un poder económico suficiente para regular la economía e impulsar con eficacia los servicios sociales. Sin embargo, la evolución de este modelo ha sido un proceso prolongado, marcado por momentos convulsos, zigzags y diversas etapas, siendo la más reciente la del siglo XXI, cuya dinámica analizaremos.

¿Es transferible este modelo?

Cada año, delegaciones de políticos, economistas y académicos de numerosos países en vías de desarrollo visitan China para estudiar su proceso de transformación y comprender sus claves. No obstante, no se considera que el socialismo con características chinas sea un modelo replicable en su totalidad, ya que su desarrollo se ha dado en circunstancias muy específicas. No obstante, lo que sí puede adoptarse es la idea de la importancia del mercado dentro del socialismo. Vietnam ha comprendido esta premisa y ha logrado resultados positivos. La experiencia histórica de los últimos cien años demuestra que solo el socialismo con mercado es viable y que el socialismo chino ha demostrado ser más eficiente y equitativo que cualquier tipo de capitalismo. Esta es la gran aportación de China al pensamiento económico global, y un aprendizaje valioso para otros países.

Sin duda, China se ha convertido en un referente, un modelo de actuación que ha sido eficaz para superar el subdesarrollo y lograr un crecimiento sostenible en todos los ámbitos. Esto le ha permitido afrontar los desafíos del siglo XXI y consolidarse como una potencia global sólida.

El modelo económico chino

El término "socialismo con características chinas" fue acuñado por Deng Xiaoping para describir este modelo. A lo largo de la historia han existido diversos modelos de socialismo, desde el soviético hasta la socialdemocracia y los diferentes partidos socialistas en varios países. Sin embargo, se necesitaba una expresión que reflejara la especificidad del socialismo desarrollado en China tras la era de Mao Zedong. Cabe destacar que ningún modelo socialista de ideología socialdemócrata ha logrado resultados tan espectaculares como los alcanzados en China.

¿Ha favorecido la apertura exterior al desarrollo del modelo chino?

Sin duda, la "política de puertas abiertas" promovida por Deng Xiaoping ha sido un elemento clave de la Reforma Económica. En este sentido, China es hoy el país más comprometido con el multilateralismo. En los últimos cuarenta años, ha atraído la mayor afluencia de capital extranjero del mundo en términos de inversión industrial. Además, esta apertura ha facilitado la transferencia de tecnología y la adquisición de experiencia en gestión empresarial. Paralelamente, en las últimas dos décadas, la inversión china en el exterior y la transferencia de tecnología han crecido rápidamente.

Actualmente, China es el principal socio comercial de 143 países y más de 154 países participan en el proyecto de la **Nueva Ruta de la Seda**. Además, China mantiene una presencia activa en todos los foros internacionales, incluyendo la ONU (UN, 2023). En este contexto, el socialismo con características chinas se posiciona con fuerza frente al neoliberalismo, como se ha expuesto anteriormente.

¿Es compatible el socialismo chino con el predominio monetario del dólar?

El socialismo chino ha coexistido con el dólar durante muchas décadas. Sin embargo, el rápido desarrollo económico de China plantea desafíos para el dominio global del dólar. La gobernanza global requiere una articulación basada en tres grandes potencias: Estados Unidos, la Unión Europea y China. De igual manera, la economía mundial podrá resolver o mitigar muchos de sus problemas cuando logre un equilibrio entre las tres grandes monedas: el dólar, el euro y el yuan.

El camino hacia esta transformación será largo y complejo, dado que, desde el acuerdo de Bretton Woods, el dólar ha mantenido una posición hegemónica, respaldada por mecanismos de cuasi monopolio y sólidos resortes de poder. Estados Unidos ya ha intentado contener el euro, por lo que es previsible que intente lo mismo con el yuan. Sin embargo, como hemos reiterado: ¡tiempo al tiempo! Además, es fundamental escuchar la voz del Sur Global y de los **BRICS** (2023), que hoy representan a la mayoría de la población mundial.

En conclusión, el socialismo con características chinas, en la genial expresión de Deng Xiaoping y bajo la dirección del Partido Comunista de China en las últimas décadas, ha sido la base fundamental para situar a China en el siglo XXI como una potencia económica y política global.

El Socialismo Chino en el Siglo XXI

Como hemos analizado, el socialismo chino es un sistema dinámico, profundamente anclado en la realidad de cada momento, con el fin de transformarla mediante los principios de reformas continuas y política de puertas abiertas. A lo largo de casi un siglo, se han dado pasos espectaculares en esta dirección.

China se ha abierto progresivamente al mundo, especialmente al Sur Global. En este contexto, destacan iniciativas como la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), que integra toda Asia Occidental; el Mercado Común China-ASEAN-Asia Oriental, que abarca parte de Oceanía; las cumbres bianuales con países africanos; las cumbres periódicas China-UE y China-EE.UU.; el Foro de Davos; el Foro Boao; la APEC, y los acuerdos con Mercosur y diversos países hispanos (Chinese Diplomatic Review, 2023).

Un proyecto particularmente relevante es la Nueva Ruta de la Seda (OBOR, por sus siglas en inglés), lanzado en 2013, que ha atraído a 158 países y movilizizado inversiones multimillonarias (One Belt One Road Initiative, 2023).

Podemos afirmar que, hoy en día, frente a un unilateralismo amenazante, el socialismo chino es el sistema político más multilateral del mundo, impulsado por el Presidente Xi Jinping, quien lo proyecta con una visión a largo plazo, buscando su expansión durante todo el siglo XXI.

En cuanto a las reformas, el socialismo chino, bajo el impulso del Partido Comunista y su Presidente, aboga por una política multipolar sin hegemonismo, orientada a construir un mundo de prosperidad compartida, defendiendo la paz a través del diálogo, la negociación, el acuerdo y la cooperación.

El socialismo chino no solo trabaja por las reformas internas, que han sido tan avanzadas y exitosas, sino también por la transformación de la geopolítica mundial hacia un futuro de prosperidad, paz y concordia compartidas. Esta es la gran Reforma que el siglo XXI requiere.

Características del Socialismo Chino en el Siglo XXI

¿Es una utopía? No lo es. Es la hoja de ruta global del socialismo con características chinas, que sigue una mentalidad confuciana y tiene una visión a medio y largo plazo, con el objetivo de materializarse a lo largo de todo el siglo.

Además de los aspectos mencionados, podemos subrayar las siguientes características:

1. **Defensa de la paz:** El socialismo chino busca crear las condiciones necesarias para eliminar todas las guerras. Su política se basa en el diálogo y la negociación para superar los conflictos sin recurrir al enfrentamiento bélico. En este sentido,

China está proponiendo programas de negociación para resolver la guerra de Ucrania, el genocidio palestino y promover un programa de convivencia entre todos los países de Oriente Medio. Todo ello en defensa del sistema de las Naciones Unidas y el Derecho Internacional, establecidos tras la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial.

2. **Apoyo a la ONU:** Esto incluye la reforma de su estructura como institución de gobernanza global y el cumplimiento de sus resoluciones. China se ha convertido en el mayor contribuyente de tropas a las operaciones de mantenimiento de la paz de la ONU. Desde 2008 hasta 2024, el Ejército Popular de Liberación de China ha enviado 46 grupos de trabajo para escoltar convoyes en el Golfo de Adén y las aguas de Somalia, participando en tareas de asistencia humanitaria y en la defensa de la paz.
3. **Una comunidad global de futuro compartido:** En 2023, China publicó el libro blanco "Una comunidad global de futuro compartido: las propuestas y acciones de China", que aboga por una seguridad universal y una prosperidad común, buscando una vida mejor para todos, sin hegemonías, y basándose en los principios de solidaridad, respeto mutuo, cooperación inclusiva y sustentable, coexistencia pacífica y seguridad global.

El diálogo, la tolerancia y la interdependencia han permitido construir puentes para que la innovación y el conocimiento lleguen a los pueblos en un mundo interconectado e integrado. Los desafíos globales exigen respuestas globales, no soluciones aisladas de los Estados-nación, ante crisis de gobernanza como las energéticas, alimentarias, de infraestructura o migratorias, entre otras. Defender y promover esta visión global es parte de la experiencia del Partido Comunista Chino (PCCh), que está comprometido en buscar el progreso del pueblo chino y, a la vez, ayudar a otros pueblos a prosperar, consolidando el estrecho vínculo entre el futuro de China y el futuro de toda la humanidad.

El Pensamiento Xi Jinping

Lo que hoy conocemos como Socialismo con Características Chinas ha evolucionado y se ha consolidado bajo la dirección de Xi Jinping, desde que asumió la Secretaría General del Partido y la Presidencia de China. Este socialismo no es un dogma rígido, sino un

sistema orgánico y flexible, capaz de adaptarse a los tiempos y planificar políticas de futuro. Esta concepción se conoce como el Pensamiento Xi Jinping.

Este pensamiento se recoge de forma detallada en el tomo IV del libro *Gobernanza y Administración de China* (Xi Jinping: La Gobernación y Administración de China IV, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 2023), que recoge conferencias, discursos y charlas de Xi Jinping en diversos contextos. El libro ofrece una aproximación a las propuestas e ideas de uno de los pensadores marxistas más lúcidos del presente, quien, a través de una profunda reflexión sobre la realidad política actual, ha construido una herramienta eficaz para el buen funcionamiento de la administración social, destinada a servir al pueblo chino. Como afirma Xi Jinping: "El PCCh tiene en el pueblo sus raíces y su flujo vital" (Xi Jinping: La Gobernación y Administración de China IV, p. 65).

Un principio fundamental del Pensamiento Xi Jinping es la idea de poner al pueblo en primer lugar. Este valor, que debe orientar la gobernanza en cualquier lugar, es clave para el socialismo con características chinas. Como cita Xi Jinping en su obra, "Aquel que comparta los intereses de las masas populares, tendrá su apoyo; aquel que se aproveche de sus intereses, será repudiado por ellas" (Xi Jinping: La Gobernación y Administración de China IV, p. 65).

El Pensamiento Xi Jinping no solo tiene como objetivo servir al pueblo chino, sino que también trasciende, aportando una contribución al pensamiento marxista en la nueva era y, por tanto, al beneficio de toda la humanidad.

Otro aspecto destacado en este pensamiento es la importancia de "Persistir en el liderazgo del Partido", un concepto que refleja la evolución contemporánea de "el Partido en el cuadro de mando". Según el libro, el liderazgo del Partido es "lo que es primordial para el Estado", y se subraya la necesidad de fortalecer las "cuatro conciencias", las "cuatro convicciones" y las "dos salvaguardias" (Xi Jinping: La Gobernación y Administración de China IV, p. 49). Este enfoque refuerza la importancia del Partido como eje central del sistema.

El Pensamiento Xi Jinping también destaca la combinación de la cultura tradicional china con el marxismo, un elemento fundamental que se refleja en los esfuerzos por erradicar la pobreza, como se mencionó en el discurso de Xi Jinping en 2021, en el que destacó el

avance de China en la lucha contra la pobreza (Xi Jinping: La Gobernación y Administración de China IV, p. 155).

El PCCh ha persistido, desde su fundación, en su misión de buscar la felicidad del pueblo y la revitalización de la nación, uniendo y dirigiendo al pueblo en una lucha larga y ardua para crear una vida mejor. Este proceso se ve como una combinación de los principios del marxismo con la realidad concreta de China, combinando el desarrollo de la excelente cultura tradicional china con los métodos marxistas.

Conclusión

El socialismo con características chinas es una visión de futuro que no debe considerarse una utopía, sino una hoja de ruta global, sustentada en los valores confucianos y diseñada a medio y largo plazo. A lo largo de todo el siglo XXI, este sistema busca seguir transformando el mundo hacia un futuro de prosperidad, paz y concordia compartidas.